

## A tres mil kilómetros

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

En este pueblo, los cuerpos, inertes, se convierten en almas y lo hacen en paz. La fortuna o, mejor dicho, la desventura, decide el instante y el porqué de nuestra muerte, pero ello forma parte de un ciclo, de una existencia, de lo natural. No hay nada más ordinario que la muerte. Más si cabe, en el mundo rural, donde lo extraordinario es celebrar un nacimiento.

En este pueblo, los edificios forman calles y, estas, barrios. El asfalto resiste el peso del ajetreo vecinal. Los cimientos se mantienen intactos, las paredes nos cobijan del invierno y los tejados completan ese fantástico conjunto que llamamos hogar. No hay nada más ordinario que un municipio en paz.

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Pero aquí tienen derecho a la sepultura. Bienaventurado, Occidente.

En antítesis, en esa otra ciudad, ubicada a tres mil doscientos sesenta y un kilómetros en línea recta de la nuestra, apenas sienten ya la pena. El dolor se ha convertido en el *statu quo* que luchan por derribar. Allí, la muerte no es ordinaria; no es la discreta y silenciosa parca. Allí es la reina. Campa a sus anchas por cada calle; es ruidosa, ostentosa y está henchida de poder. Y las casas, ay, las casas... muchas de ellas, ahora, son tiendas de campaña, conformando campamentos. En el mejor de los casos, los muros conservan sus cubiertas.

Desde lo alto de una colina, vislumbrando la ruina como si de un escaparate se tratara, Amira balbucea:

—Tal vez, un día, los bombarderos rechacen despegar. Tal vez, los artilleros carguen de flores los cañones y solo sus espinas quiebren nuestra piel. Un día, las sirenas cambiarán su estridente sonido por el del canturreo de las aves en primavera. Tal vez...

—Si todo eso ocurriera —interrumpe Ahmed—, gozaríamos de nuevo de los matices en el cielo, de las diferencias entre el alba y el anochecer, y olvidaríamos la oscuridad del humo, vislumbrando al fin el sol...

—Tal vez un día los golpes vuelvan a ser de los que se aprende, de los simbólicos, y no de los que matan —prosigue Amira, irrumpiendo entre las palabras de su amigo como si de un canon se tratara, o como si ninguno de ellos pudiera escuchar ya a nada ni a nadie. Ellos solo sueñan—. Tal vez un día, el instinto será, de nuevo, maternal y no de supervivencia.

—Si..., si..., si..., si todo eso ocurriera —tartamudea con los ojos brillantes—, yo recuperaré los terrenos de mi familia al norte de la Franja, ahora anegados de barro y escombros, y cultivaría tanto que los puestos del mercado rebosarían de color y frescura. Ahora solo hay conservas.

Amira tiene catorce años y Ahmed, dieciséis. Desde hace meses, cuando dejaron atrás sus hogares, viven en un campo de refugiados ubicado en las inmediaciones de la ciudad de Rafah, en la franja de Gaza, también conocida como "la Berlín de Medio Oriente". Una ciudad que antaño fue dividida en dos por la frontera entre Gaza y Egipto, con una valla que un día seccionó la vida diaria de sus habitantes, colocada atravesando, incluso, viviendas y patios interiores y provocando que sus ocupantes tuvieran que decidir, literalmente, hacia qué país abrir su puerta. Ciudad históricamente rica, en conflictos.

Desde que estalló la guerra, los pies de Amira y Ahmed pisan un suelo que tiembla a cada rato y sus oídos únicamente escuchan el anuncio de más miseria. Incluso allí, en un lugar que hacen llamar “campo de refugiados”, donde se agolpan miles de gazatíes y no existe un límite de aforo. No es lugar de paz, nunca lo fue.

—Tal vez, un día, los soldados se rebelen y dialoguen por la paz, desde la base y no desde la cúspide. Tal vez sean ellos quienes decidan tomar el rumbo, de manera que sean las marionetas quienes dirijan a sus titiriteros —diserta ella.

—¿Y por qué no? —cuestiona Ahmed.

~~De repente, como si de un efecto mariposa se tratara, las armas cayeron al suelo en los campos de batalla. A lo largo de todo el mundo, a lo largo de todas las guerras, las palabras de Amira se tornaron reales. —¿...? NO. Esto no ocurrió. Lamentablemente, esta autora decidió no transformar la utopía en realidad en el rumbo del relato—.~~

—Buena pregunta —sentencia Amira.

Para ellos, la esperanza realista ya no se aloja en Rafah, ni siquiera en la diplomacia internacional, sino que se centra en reunir el dinero suficiente para salir de allí, sufragando los caprichos de ejércitos vecinos con importantes sumas. Partir rumbo a una nueva vida improvisada, dejando atrás a vecinos, familiares y amistades. Así lo hizo Yara, la tía de Amira, junto a su suegra y sus tres hijos, gracias al contacto con una empresaria española.

Yara vive ahora lejos de su casa y de sus seres queridos, disfrutando del privilegio de beber agua potable a diario y cobijarse en un hogar prestado. Comparte cuarto de baño exclusivamente con sus familiares, a diferencia de las innumerables personas con las que lo hacía en el campo de refugiados. Aprende castellano en una escuela para personas adultas y vive en una tierra que no es la suya, aunque, por propia experiencia, nunca había sentido que ningún territorio le perteneciera.

En el pueblo en el que se aloja, la muerte es ordinaria y a los difuntos se les vela en silencio. Es tan importante para ella, que el consuelo que eso le aporta estremece su cuerpo y compensa el sufrimiento del largo viaje.

Lo que no sabe Amira, su sobrina, es el gran esfuerzo que está realizando ella a través de un portal de Internet para recaudar fondos y lograr, al fin, reunir a su familia en cualquier espacio seguro. Su objetivo: despertar la solidaridad de internautas anónimos para comprar la libertad. Para conseguir, piedra a piedra, o, mejor dicho, transferencia a transferencia, los cerca de diez mil dólares por cabeza que se necesitan para sobornar a una red de “intermediarios” que les ayudan a cruzar el paso fronterizo de la ciudad de Rafah con Egipto. Y otros miles para llegar a un destino que les permita empezar una nueva vida en paz. La red se ha convertido en una herramienta para la diáspora que, aunque no sustituye, en ningún aspecto, el trabajo de las autoridades internacionales, permite a los civiles tener una vía de escape frente a la barbarie. Eso sí, fuera de su hogar. Redes de personas en situación de privilegio, salvando a otras en riesgo.

Entre cientos y cientos de anuncios en Internet, se puede leer el de Yara: *“Mi familia está en peligro. Mis dos hermanas, sus maridos e hijas se encuentran en Rafah, al sur de Gaza, a solo una frontera de poder salvar su vida. Necesitamos cincuenta mil dólares para poder ayudarles. Subsisten en un campamento en el que no tienen acceso a los servicios necesarios para vivir con dignidad. Están en riesgo constante, ya que sus vidas dependen del devenir de una guerra que no hemos elegido. Si no consigo obtener el dinero para sacarles de ese infierno, podría no volver a verles. Les pido encarecidamente su ayuda tanto para aportar lo que esté en sus manos como para compartir activamente esta campaña. No podemos perder la esperanza. Mi familia necesita urgentemente llegar a un entorno seguro, dejando atrás el miedo constante. Les ruego que les den una oportunidad mediante su solidaridad porque, a día de hoy, es todo con lo que podemos contar.”*

“Clin-clin”. Un sonido de monedas alerta a Yara de una primera donación. Catorce dólares. “Es una buena manera de empezar”, piensa ella. Mientras, el estruendo de un nuevo bombardeo sobre Gaza abre el telediario. Yara baja el volumen. Y así, día tras día, en su mente se alternan pensamientos de vida y muerte. “Clin-clin”; “boom”; “Clin-clin”; “boom”. Nunca había advertido de una manera tan clara que el dinero es sinónimo de supervivencia, al menos en la mayoría de ocasiones.

Muy lentamente, su hucha virtual va recopilando donaciones.

“Clin-clin”, el contador de la esperanza llega a su primer objetivo, mil dólares recaudados.

“Boom”, objetivo israelí alcanzado. Cuatro civiles y once soldados palestinos muertos.

Pasan los meses y Amira observa cómo llegan nuevos vecinos de tienda, procedentes de otras urbes de la Franja de Gaza y que ya han pasado por la desventura de transitar diferentes campos de refugiados. Sus raíces no saben dónde arraigarse. En los ojos de los recién llegados puede observarse el terror de la muerte. Las temperaturas son bajas en la ciudad y escasea la ropa de abrigo. Una madre mece a su bebé y le abriga con su propia piel, fuente de calor. Ese halo de ternura devuelve a Amira la esperanza sobre la paz, aunque los rumores de un nuevo ataque sobre Rafah suenan cada vez más fuertes.

“Clin-clin”, suena la vida.

Ahmed continúa buscando alternativas para mejorar su situación. Pese a encontrarse en el lugar recomendado a los civiles por las autoridades israelíes, la amenaza de muerte es palpable.

—¿Y si lo hiciéramos al contrario? Vayamos donde ya no queda nada por destruir. Viajemos hacia el norte del territorio y reconstruyamos los muros caídos.

No era la primera vez que Amira recibía una propuesta similar. Lo cierto es que volver al norte era una de las alternativas que se barajaban en los círculos más inquietos, pues se había abierto un corredor para el acceso a determinadas ciudades. “No atacarán un lugar vacío. No demolerán lo que ya es ruina”, decían. Sin embargo, alejarse de la frontera con Egipto ponía en riesgo toda oportunidad de huida, sin valorar el componente imprudente de emprender semejante viaje.

“Clin clin”. Sube el recuento. Ajena a los propósitos de su tía y habiendo renunciado a sus fantasías sobre un drástico cambio de rumbo en la guerra, Amira responde:

—Los muertos no podrán ya arriesgar su destino. Nosotros sí podemos—. Y partieron con las escasas provisiones con las que contaban, junto a todo el que quiso aventurarse.

El polvo acompaña a los viajeros en el trayecto a través de carreteras de tierra suelta. A lo lejos se divisan escombros de antiguos pueblos, granjas y cultivos. En las zonas más afectadas, la paleta de colores se diluye, se mezcla por completo hasta reducirse al marrón y al gris. Donde había escuelas, ahora hay refugios. Donde había hospitales, ahora hay objetivos. Donde había vida, ahora no hay nada.

“Clin-clin”, el anuncio de Yara sigue dando sus frutos. La meta está muy cerca. Tanto, que ya es suficiente para empezar los trámites.

En la cara amarga del mundo, la parca es la reina. Campa a sus anchas por cada calle. El corredor es un vaivén de figuras desorientadas que escapan, ya no saben exactamente hacia dónde, pero sí de qué. Cada día de viaje se asemeja a una ruleta rusa, pues no son ajenos a las noticias de tiroteos en la zona del supuesto pacto de paz. Nada importa, continúan hacia adelante. La muerte acompaña. La muerte acecha. La muerte corre.

Las provisiones se agotan, a cada paso se cuestionan el camino. Cada kilómetro recorrido es, al mismo tiempo, una victoria y una duda. La sombra de no saber qué encontrarán al final de su camino es un peso añadido sobre sus hombros, pero nada importa, continúan hacia delante. Donde no queda nada, tampoco existe el miedo.

Esta carrera quizás sea la última, la definitiva, aunque ni Amira ni sus acompañantes están seguros de que el premio al ganador vaya a reparar todo lo pasado. Tampoco Yara sabe si llegar a meta será suficiente. En cualquier caso, volver atrás tampoco sería mejor. Vuelven a escucharse tiroteos. La muerte persigue. La muerte acelera. La muerte reina.

“Clin-clin”.

“Boom”.